

La Mosca Blanca



Joaquina Pino

A N U N C I O S

SUCURSAL
Aragón, 397—Desti-
nado a liquidación de
saldos.

PEQUEÑO BAZAR
de
AMADOR ALSINA
ARAGON, 399 [chafán calle Gerona]

SUCURSAL
Lauria, 39—Sección
dependiente del «Pe-
queño Bazar.»

Mercería, Novedades y Géneros de punto.
Joyería, taller de relojería y composturas en paraguas, abanicos
y quincalla.—Dibujo y confección de bordados.

COLCHONERÍA

DE

Herrer y Compañía

Ronda de San Antonio, 80.

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN
DE
MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los Miércoles de La Mosca

La semana ha estado levantisca.

En Jerez ha soplado el viento no sé qué cosas al oído de los anarquistas, y, sin saberlo el gobierno ni nada, ha habido estos días un motín que ha hecho temblar hasta los cimientos del peñón de Gibraltar, si es que puede temblar un peñón que no supo caerse de vergüenza.

Las crónicas no están todavía conformes en la manera de detallar los sucesos, y, desde uno en adelante hay periódico y hasta comentador de oído, que hace llegar el número de los amotinados á 47.391 y una fracción... decimal insignificante, y el de muertos y heridos á una cifra todavía mayor con sus correspondientes fracciones y hasta con sus innumerables fracturas.

Como los salvajes amotinados estuvieron siendo dueños de la población por espacio de algunas horas (al decir de algunos periódicos) sin que nadie pusiera coto á sus desmanes, hay quien le echa la culpa de todo al gobierno por su falta de energía y demás, y grita y vocifera porque no fusilaron á todos, tres cuartos de hora antes de empezar la función, casi tanto como habría chillado si para evitar el desastre le hubieran cortado la oreja al más insignificante de los jefes.

De todos modos lo que hay de cierto por ahora es que, al grito de viva la anarquía, una manada de hombres... de forma humana, ha recorrido las calles de Jerez llenándolas de víctimas inocentes.

¡Pobres hambrientos! Se les ha subido el Jerez á la cabeza!...

**

Como en todas partes cuecen zulus, y el África, modificando un poco la frase, está en todas partes, los periódicos de Valencia dan cuenta estos días de un hecho que bastaría por sí solo

para hacer buena la frase, si no hubiera todavía otros que puedan afianzarla más.

Parece ser que cuando más concurrida estaba la feria de la Glorieta, cinco ó seis graciosos apostaron á quién de ellos abrazaba á mayor número de mujeres, sin tener en cuenta que esas cosas solo deben hacerse en casa y rara vez; cuando ellas consienten....

Lo que más les apena á los periódicos valencianos es que, habiendo tantos hombres en el paseo, nadie castigara aquella salvajada, y hasta contestaran algunos á unas señoras que les pedían auxilio que ellos *no eran municipales*.

Contestación que no comprendemos nosotros, porque para que nadie extrañara que no hicieran lo que debían haber hecho, bien pudieran haber contestado: *somos municipales*.

Que ya les quedaba luego el otro recurso: el de: *jeste no es mi distrito!*

**

Todavía esto puede pasar, que al fin y al cabo, y si abrazaron á alguna fea, no faltará parte interesada que lo agradezca, que... lo que ellos dirían: á nadie le amarga un dulce.

Lo que no tiene explicación y es una salvajada cien veces peor, es la gracia de un bárbaro, que en plena Rambla, en la culla Barcelona, se entretiene en dar puñetazos á las señoras en estado interesante, como ha dicho algún periódico haciéndonos dudar... de la gramática.

Creemos que á estas horas la autoridad habrá tomado sus medidas, y esperamos que no volverán á repetirse estos vandálicos hechos, oponiendo nuestro buen deseo á la desconfianza de un tendero de comestibles, político de oído y *sin letra*, que nos decía la otra noche en la mesa del café:

—Ya verán Vdes. como las autoridades no harán caso mientras no sea perjudicada alguna persona importante. ¡Si pasara algún día por junto á él, la Concha Castañeda ú alguna así!...

MARIO.

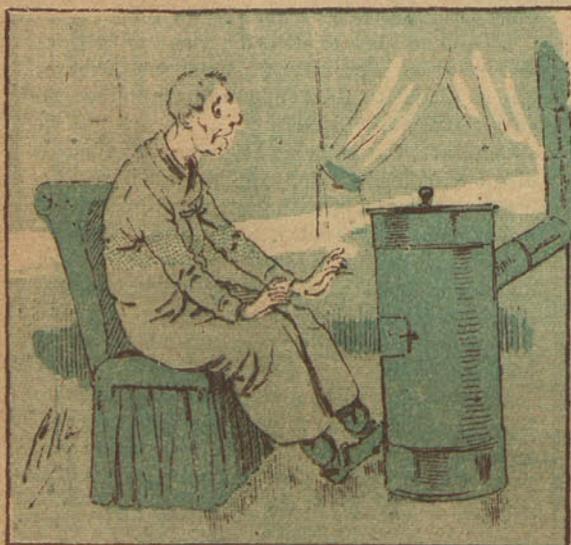
¿COMO SE CALIENTAN USTEDES? por Cilla



Sudando los sabañones paseo arriba y paseo abajo



Leyendo cualquier periódico de oposición.



-Tosándome en la estufa sencillamente.



En la taberna del *chato* casi siempre y cuando no es en la taberna del *chato* en la primera que encontramos.

¡OH, LA TABACALERA!... por Figuer



Me suicido hoy sin más dilación.



Preparemos el arma homicida;



Valor, fuerza y estoy enseguida...



¡Infallible! ¡¡Racatrafaplom!!

El beso de dos flores.

Oí un suspiro lánguido y profundo,
miré con avidez hácia aquel lado
y ví el dolor pintado
en el rostro más cándido del mundo.

Era el de una mozueta mendigante,
cubierta con harapos y pendones,
era el sol rutilante
asomándose espléndido y triunfante
en medio de plumizos nubarrones.

Indiferente, estática, sombría,
sentada aparecía
sobre un banco de público paseo,
á donde acude el rico por recreo,
á donde el pobre va por simpatía.

Por detrás un rosal sus ramas tiende,
de una de ellas, lozana rosa pende
que, agitándose sobre su cabeza,
parece que pretende
descubrir la razón de su tristeza.

¿Por qué busca el retiro
y sus ojos de cielo
dirige vagamente hacia el suelo?

¿Por qué exhaló aquel cálido suspiro
denunciador de amargo desconsuelo?...

—Dos caminos—pensaba con quebranto—

se abren ante mis ojos:
en el uno hay dolor, miseria, llanto,
y aunque de la honradez me cubre el manto,
me asusto al ver sus ásperos abrojos!

El otro ¡ay de mí!, ofrécame delicias,
riquezas y otros dones,
mezclados con sonrojos y caricias,
pero á cambio no más de las primicias
de mi honra que he de ver hecha girones.

Oh! será buena, honrada, ángel perdido
por siempre en las negruras
de la miseria y del traidor olvido,
¡Haced cortas, señor, mis amarguras,
es la limosna que afligida os pido!

La brisa susurrante
sopló en aquel instante;
la mendiga llorando miró al cielo,
y halló paz y consuelo
cuando lamió la rosa su semblante.

Si, aquella flor hermosa
que la casualidad hizo testigo
de lucha tan feroz como gloriosa,
besó su pura frente cariñosa
como diciéndola:—¡Yo te bendigo!

F. ROIG BATALLER

El primer beso

Fijó en mí sus hermosos ojos y me dijo:—
Mañana te vas á la gran ciudad, donde las mu-
jeres realzan su hermosura con joyas y plumas;
tendrás mil de ellas que te mimen y te atien-
dan... olvidarás á la pobre campesina que no
posee, ni trajes, ni galas; olvidarás el cielo diá-
fano del campo... ¡Todo lo olvidarás! y yo,
sola, abandonada, moriré de tristeza.—¡Olvi-
dar!... ¡morir!... ¡tristeza!... ¿Qué frases eran
aquellas? ¿No sabía de sobra que á ella y solo á
ella era á quien quería, y que por un capricho
suyo sería capaz de cualquier disparate?...
Pues entonces ¿á qué pensar en cosas tristes?

Y con los pocos recursos oratorios que Dios
me había dado, traté de convencer á la pobre
niña de que había ocasión de alegría y no de
tristeza.

—Ya ves, yo soy pobre, muy pobre; si fuera
solo yo, no me ocuparía del porvenir; soy fuerte
y con tal de no separarme de tí, á pesar de no
estar acostumbrado, trabajaría en el campo,
pero no quiero, por tí, que eres mi sola dicha,
labrarme un porvenir tan poco halagüeño; me
voy, porque quiero encadenar el carro de la
fortuna á tus pies; quiero elevarte un pala-
cio magnífico, donde los hombres ilustres y las
mujeres más hermosas presten adoración á tu
hermosura sin par; quiero dedicarte lujosas ha-
bitaciones, donde ni el frío te atarace, ni el rui-
do te incomode; quiero dar forma real al *sancta-
sanctorum* que te tengo elevado en mi corazón;

quiero que la multitud, al pasar por delante de
nuestra casa, al ver salir la ténue luz por los
tupidos cortinajes, se pare y diga:—Hé aquí
la morada de dos seres felices; él era un pobre
labriego que se enriqueció con el trabajo tan
solo para levantar un palacio á su amante.—
Quiero, en fin, que en todas partes del mundo
se conozca tu belleza, y que tenga tantos admi-
radores, cuantos son los hombres que el sol
despierta, y que tengas tantas envidiosas, cuan-
tas mujeres pueblan el mundo.

El sol se ocultaba tras los nevados picos de
la sierra; la campiña toda cubríase de sombras;
esos mil insectos brillantes y voladores que si-
guen al sol en su camino revoloteaban á nues-
tro alrededor gozándose en el último rayo de
luz, que burlando la altura del monte bajaba al
valle por una quebrada de la sierra; por la es-
trecha vereda caminábamos juntos, cabizbajos,
tristes, cojidos de la mano; yo no trataba de des-
impresionarla, me hubiera sido imposible; los
ánimos más fuertes y esforzados decaen á esa
hora; hacía un tiempo que ninguno de los dos
decía palabra: aquel silencio penoso y en el que
la naturaleza tomaba parte, era la protesta más
viva, más elocuente que todas las palabras que
jamás en idioma alguno pronunciar pudieron
lenguas humanas por el amoroso impulso im-
pelidas.

Zumbábanme los oídos, la sangre se agitaba
con vertiginosa rapidez, el corazón latía con
violencia; allí la vereda era estrecha, muy estre-
cha; abajo el precipicio por donde pasa rugien-
te el río que allá viene por la quebrada de la
sierra; ella se acercó medrosa, atemorizada, yo
la oprimí contra mi pecho; las sienas me latían
horriblemente; hacíame chirivitas en los ojos

la luz, y los brillantes insectos que siguen al sol en su carrera, hacían lucir su cuerpo de oro y amaranto en el rayo postrero de luz que por una quebrada del monte iluminaba el valle tenuamente. — ¡Dame un beso! — la dije. — ¡Un beso!... ¡Imposible!... ¡Eso no está bien! — ¿Sí? pues mira, si no me lo das me arrojé al río!... Y diciendo y haciendo me dirigí al pretil del acantilado por bajo del cual el río se desliza majestuosamente; entonces ella no vaciló y nuestras almas se fundieron en un beso, largo, impetuoso, más que beso, bocado. Al retirar mis labios sentí un dulce amargor, algo así como la impresión que produciría una gota de esencia de álces, en el fondo de una copa de exquisito champagne. Después... ¿A qué referir lo que pasó después? Todos os lo habréis figurado de seguro: promesas, juramentos, palabrería que el viento se lleva, nada más. Aquí se vive muy deprisa; lo nuevo por la mañana es viejo á la noche; vivimos en una sociedad cuyo Dios es la electricidad, el movimiento; pasado el primer instante de entusiasmo, ¿quién se acuerda de un amor de la juventud? ¿Quién cumplirá promesas que fueron quizás hijas de momentánea alucinación?... ¡Bah!... Romanticismos, cursilerías, impropias de la época de positivismo porque atravesamos ó que nos atraviesa!... ¡Lo positivo!... ¡Lo positivo!...

He tratado de olvidar aquella tarde memorable... ¡Imposible!...

¡Cuántas veces, después de ruidosas victorias en el Parlamento, en los Ateneos, en los mismos campos de batalla, cuando ébrio de poder y de orgullo descansaba mi cabeza encanecida

prematuramente, por las luchas y el trabajo, sobre el turgente pecho de la mujer de moda, de alguna mujer que habría podido servir de modelo á Fidias y á Praxiteles para sus estatuas, á Ticiano y á Rubens para sus desnudos, á Murillo para sus vírgenes; cuando mis labios ardientes y secos se unían á los frescos y rojos de una boca perfunada y hermosa, he creído percibir la figura simpática y graciosa de la bella campesina, que me recriminaba por perjurio!...

¡Cuántas veces me he dicho para mí:—Todas esas mujeres, todas esas beldades, todas esas Venus modernas, que se arrojan á tus pies, no te quieren, no te aman, quizás te odien; no hacen más que, sacerdotisas de Priapo, dar gusto á su orgullo, á su liviandad, á su lascivia!

Entonces he llorado, sí, he llorado, como el niño á quien quitan su mejor juguete, con desconsuelo, con dolor, con pena, con rabia... Sí, con rabia, porque tuve la felicidad en la mano y no la cojí; porque labré mi infelicidad y la suya, sí, tengo la seguridad de que era demasiado buena para ser feliz en este mundo!

Ya tienen explicada Vds. la causa de mi melancolía, de mi tristeza, de mi dolor. He labrado la desdicha de una mujer, he faltado á mi palabra, no puedo ser dichoso.

Calló el insigne prócer, el literato ilustre, el jefe del estado, y la bella Laura de Melville, la heroína de esta historia, se inclinó sobre mi hombro y murmuró con su vocecita melosa y suave:

—¡Pobre General!... ¡Cómo chochea! Ya se vé! ¡La segunda infancia!...

JOSÉ DE CUÉLLAR.

LOS ESTRECHOS!

Querido amigo Ramón:
Supongo te habrá extrañado no acepte tu invitación, sabiendo que es de mi agrado conservar la tradición; pero, chico, aunque á los cielos el hacerme tal les plugo que gozo, cual mis abuelos, por los Santos con buñuelos y en Navidad con besugo, esa costumbre inocente, que no debiendo existir, aplaude y sigue la gente, es tradición, francamente, que no puedo resistir.

¡Los estrechos! Considero muy patriarcal y bendito, (por no decir maja tero) celebrar el papelito que se saca del sombrero, donde, por arte casual, sale Fulana ó Zutano en unión del General, de la Patti, del Medrano, de Zorrilla ó de Pidal.

Y esto es lo que me atosiga y á protestar más me obliga,

pues de esas falsas uniones, resultan complicaciones que traen después mucha miga.

¡En cuántas me ha colocado, Ramón, la traidora suerte! Mas como acaso has pensado que peço de exajerado, oye, para convencerte.

Mi primer estrecho fué una muchacha de pró, ¡cuánto me amó! ¡cuál la amé! ¡y qué abrigo la compré que otro después empeñó!

Más tarde, al siguiente Enero, fué mi estrecho una beldad, y al mes, si no ando ligero, su esposo, que era artillero, me parte por la mitad.

¡Aun se conmueve mi pecho; que aquel aborto del rancho quería verme deshecho, y en verdad que el tal estrecho pudo venirme muy ancho!

Luego la casta María me costó una enfermedad; y después la Soledad —que vivía en compañía,

con opción á viudedad — pretendió tender su red llevándome al matrimonio, y gracias á que esta vez (1) quiso librarme el demonio de hacer tal estupidez.

Conque ya ves si sufrí sobresaltos y amarguras; siempre la víctima fuí; por los estrechos, me ví en horribles estrechuras; y ni casado me eximo, que há un año mi suerte negra volvió á propinarme un timo, siendo estrecho con mi suegra y mi mujer con su primo.

Así es, chico, que me sienta como un par de banderillas si alguno estrecharme intenta, pues me asusta, me amedrenta, me saca de mis casillas, y en fin, para terminar de estrechos, sabe, Ramón, que no puedo tolerar ni el nuestro de Gibraltar, ¡por aquello del Peñón!

JOSE MUÑOZ SEDEÑO

(1) No es que red consuene con estupidez y vez. ¡Es que yo soy madrileño!—(N. del A.)

BELLAS ARTES, POR ESCALER



CUARTELES DE VERANO

(Cuadro de F. Paton)

BELLAS ARTES, POR ESCALER



CUARTELES DE INVIERNO

(Cuadro de F. Patón)

El último poema

I.

Se llamaba Lázaro Gomez (ó se llama si vive, porque yo no he vuelto á verle), y ya veis que ni su nombre ni su apellido eran dignos de un poeta de sus vuelos. Por aquí empezó indudablemente su desventura, porque un poeta *debe* llamarse Abelardo, Armando, Arturo, Adolfo, etc.; algo que suene á cosa entonada y novelesca.

Pero se llamaba Lázaro Gomez y no gastaba el pelo largo ni rizado, ni el sombrero de copa con alas anchas, ni nada de eso que el vulgo se empeña aún en poner sobre la sagrada persona del poeta. Iba sacrilegamente tapado, se cubría con hongo y hablaba como los mortales, sin envolverse en nubes. Ved si sería buen poeta, que jamás cantó endechas á la luna ni imitó á Bequer, dos virtudes que tienen en un poeta precio inestimable.

Conocí al buen Lázaro en la redacción de no sé cual periódico. Iba á recoger unos versos que nadie quería publicar y que eran hermosísimos. Esto de los versos está cada día más desacreditado; no hay quien los quiera, y en aquel periódico de que hablo (que era un semanario ilustrado que solía publicarlos), creo que ni aún los leyeron. Esta plétora de escritores que ven caer sus productos en el cesto de los papeles viejos de los periódicos, es una epidemia, y suelen los buenos verse arrrollados por los malos, que son los más.

Lázaro recogió sus versos, escritos con muy mala letra por cierto, y se fué con ellos á otra parte.

II.

Volví á verle en otra redacción; leí aquellos versos erráticos; me parecieron, como he dicho, inmejorables, se los recomendé, se publicaron, y, con gran asombro del poeta, se los pagaron.

El pobre Lázaro me llevó á un café y me convidó.

Sobre la mesa de aquel café, sin preparación alguna, como empujado por una fuerza expansiva superior, Lázaro puso su corazón para que yo le conociese, y me contó su historia para que le conociese á él. Era una buena persona, tal vez demasiado buena. No había venido del fondo de su provincia con su drama debajo del brazo y la noble cabeza llena de ilusiones, como dicen los que no se atreven á romper con los moldes del año 1830. Era empleado no sé dónde, porque los poetas suelen ser empleados y en la mayoría de los casos no son otra cosa, vivía en casa de sus padres y hacía la vida de todo el mundo.

Hasta que yo le ví por primera vez había mandado versos á todos los periódicos, y no se los había publicado ninguno, hasta aquellos que había cobrado.

III.

—Yo ya sé que esto de los versos anda mal, me dijo Lázaro,—pero no sé hacer otra cosa. Si

supiera la haría. No quisiera aparecer vanidoso,—añadió,—pero tengo una ambición: quisiera leer algo en alguna parte, para ver si podía hacer méritos y entrar en... tal periódico.

Este poeta que no había escrito ningún drama tenía en cambio un poema. Y admirable, lo digo á pesar de mi prevención invencible por el verso, admirable. Decía en él una porción de cosas muy hermosas con palabras de las que están al alcance de todo el mundo. El poema tenía *ideas* dentro, cualidad que va siendo cada vez más rara. Y habéis de saber que hué de ponerme serio para que Lázaro me leyese el poema, porque Lázaro no era de esa mala raza de poetas que os dicen cuando os topan en la calle:

—¿V. no conoce mi oda al mar? Pues verá V....

Y desenvainan en el acto las cuartillas.

IV.

No sé, ni me importa, el cómo y cuándo se enamoró Lázaro de su novia, una morena con ojos elocuentísimos, que vivía enfrente de la redacción. Yo le ví pasar un día y seguí viéndole luego sin interrupción, pero tuve sospechas de que aquella no le hacía el menor caso.

Iba á la casa un primo, capitán de caballería, que usufructuaba uno de nuestros primeros bigotes, y Lázaro pasaba fatigas cuando le veía entrar; pero se abstenía, naturalmente, de decir una palabra á la morena. Yo creo que si, como he dicho, Lázaro se hubiese llamado Adolfo y no hubiese llevado el pelo al rape, tal vez por lo mucho que tenía de poeta, hubiese hecho honrosa competencia á los bigotes del capitán; pero Lázaro estaba en un desacuerdo horrible con su condición interna. Y la muchacha no acababa de decidirse.

Tampoco sé cómo llegó Lázaro á realizar su ambición de leer un poema en público. Ello fué que una noche hubo velada en el *Capitolio poético*, sábia sociedad que murió ya hace diez años, y que Lázaro se fué allá con su poema.

Claro es que en la primera fila de sillas estaba la morena, el padre, la madre y el capitán de caballería. Yo me coloqué junto á la familia por encargo del desventurado Lázaro, para ver qué pensaban de aquello.

V.

Y leyó aquel pobre Lázaro en la tribuna del *Capitolio poético* como no ha leído jamás poeta alguno. Vibró en sus labios el tono infalsificable de la verdadera poesía, y relampagueó en aquella su rapada cabeza el fuego de la verdadera inspiración. El *Capitolio poético* se conmovió hasta en sus gloriosos cimientos, y mientras el capitán decía á la morena no sé qué retorciéndose el envidiable bigote, dos ó tres poetas daban la mano á Lázaro y veinte ó treinta poetillas le desollaban en un rincón.

Y estoy seguro de que el buen Lázaro sólo pensaba entonces en el efecto que habría hecho en la morena todo aquello.

Se dispersó el *Capitolio*. La muchacha salió con el capitán, y detrás los venerables padres. Bajé muy cerca de ellos.

—Repíteme lo que me dijiste arriba,—oí de-

cir á la morena,—porque no te pude oír con el sonsonete de los versos de ese majagranzas.

Me eché á un lado espantado.

VI.

Al volver la esquina, debajo de un farol, encontré á Lázaro que por fin estaba solo.

—Me decido,—me dijo.—Mañana abandono la poesía lírica y abordo el teatro.

—Oye, Lázaro,—contesté,—¿quieres oír lo que ha dicho Fulana?

—Oigo...

—Pues esto, y esto, y esto...

Se lo solté en seco. A la luz del farol le ví ponerse encarnado como un niño y luego llorar como un hombre, en silencio. Sacó las cuartillas del poema, las rasgó despacio y los pape-

tos menudos nevaron la acera. Luego me dió la mano.

—Te he dicho que ese era mi último poema y es verdad. El último,—añadió melancólicamente.—En cuanto al teatro... El teatro no está en el teatro, está fuera...

Y echó calle abajo.

Y de que aquel fué su último poema es buena prueba el que no haya vuelto á saber de Lázaro.

Pero sí de la muchacha morena y el capitán. Por ahí van del brazo, muy aburridos al parecer, y sigue él disfrutando los mismos bigotes de hace doce años.

Pero teñidos ya.

¡Cuánto consolaría esto á Lázaro si pudiese saberlo!

FEDERICO URRECHA.

¡Vaya un cuento!

Ayer me contó Eloísa paseando por la Acera, un cuento que hace á cualquiera desternillarse de risa.

No sé si acertaré yo —porque soy bastante romo— á contarle tal y como ella á mí me lo contó.

Pero aparte la ignorancia mia, y lo poco que valgo, tal vez pueda decir algo de él... ¡siquiera la sustancia!

¡Vaya un cuento que Eloísa me contó ayer en la Acera! ¡cuento que le hace á cualquiera desternillarse de risa!

Ama á Segundo, Asunción; (Asunción es una chica bastante guapa, y muy rica según pública opinion).

Y Asunción ama á Segundo, (este Segundo es un chico bastante feo, y no rico, según dice todo el mundo).

Ambos se quieren lo mismo que dos tórtolos, igual;

y ha llegado cada cual del amor al paroxismo.

De ese amor que nace... así... sin saber cómo ni cuándo, y que el tiempo va trocando poco á poco en frenesi;

De ese amor que confunde en sola un alma la de dos; de ese amor, en fin, que los poetas pintan tan bien.

A un juramento ambos fieles, piensan ya en su casamiento y *por mor* del juramento son precisos los *papeles*.

Pero de esta pretensión —¡que apenas tiene malicia!— Segundo ha de dar noticia á la mama de Asunción.

Es doña Ana una señora de excelentes cualidades y que dice las verdades del barquero á cualquier hora.

Y á cualquiera, en formas toscas, —que á su génio nadie escapa.— ¡Vaya! se las dice al Papa

lo mismo que al papa moscas.

Mas al amor infinito no hay nada que se resista y óbice igual le es la arista que la roca de granito.

Por eso del iracundo génio haciendo cosa vana, fué á visitar á doña Ana hace dos días Segundo.

¿Cómo fué el recibimiento que dispensó el pretendiente? Aquí es verdaderamente donde dá principio el cuento.

Dice Eloísa que escena fué aquella tan divertida, como no espera en su vida ver otra igual en lo amena.

Como segundo es fecundo y todo á broma lo toma, dijo á doña Ana una broma... en fin, como de Segundo.

Y aunque ella en cincuenta frisa... ¡Dejo el cuento, aunque no quiera, porque si sigo... ¡cualquiera se desternilla de risa!

D. B.

Sermón que no ha de perderse

«Aprende á conocer la verdad...» Esto lo escribió Cervantes en una época en que probablemente habría tantos embusteros como hoy; pero casi es seguro que

el convencionalismo no echaba tan hondas raíces como en la época que atravesamos, ó que nos atraviesa, como dijo el otro.

Va esto con su cuenta y razón:—Señores, aquí no se respira,—que clama aquel chusco personaje de una comedia rusa—el ambiente está enrarecido; pero lo que está viciado no es el aire, somos nosotros: razón por la cual nuestros pulmones funcionan normalmente. Y despejando la equis de esta proporción filosófica



¡V qué demonio!.. La verdad es que hace frío, pero al que madruga Dios le ayuda.



¿No lo dije? Ya tenemos una pieza; eso á lo menos.



¡Pum!...



¡El guardia! ¡Pies para qué os quiero!...



Espinós

—Por supuesto que aunque la escopeta me la haya dejado, va he tenido yo buena unidad de cojer la pieza.



¡Un tome putrefacto!...

SINFONIA ZOOLOGICA, por Fradera



—dicho sea con todo el respeto posible,—lo difícil no es conocer la verdad, sino decirla. Porque figúrense Vds. que el mundo se ha convertido en casa de orates. Y que entre los locos aparece un cuerdo; ¿quién creerá que ese infeliz esté en su sano juicio? En suma, lo que me propuse demostrar con todo ello es que hay tal hábito de mentir entre los escritores, que cuando uno rompa con la costumbre se expondrá á que no le crean. Por eso, hace rato que estoy con un libro de versos. «Tristes y Alegres» de Luis de Val, delante de las cuartillas, y dudo cómo empezaré á hablar de la opinión que me merece, y si la daré desnuda, ahora que lo único que se viste es la opinión. ¡Es tan poco agradable exponerse á las burlas del prójimo! Salir de esa perplejidad, si puedo: con copiar aquí el juicio de una señora, que al acabar la lectura de «Tristes y Alegres» exclamó: «es muy bonito,» salía del paso; pero no se trata del parecer ajeno; y eso que yo podría razonarlo de modo —y lo razonaré á la postre—que resultara más aceptable y apetecible que mi propio parecer; hablemos, no obstante, del mío.

Si en tiempos de Cervantes había ya tantos mentirosos, los copleros no abundaban como hoy. No extraño como hay quien asegura que la poesía se va... se va, en efecto, merced al prosaísmo que nos sorbe la médula: y esto de prosaísmo tómonlo Vds. como vulgaridad, bellaquería, estulticie... Si la virgen poesía, la musa, etc. es un sér de gusto exquisito y oídos delicados debemos representárnosla escapando de los susodichos copleros que, desde que Nuñez de Arce mandó colgar el arpa, llevan por lira una lata de petróleo. ¡Que si se va la poesía? ¡A ver quién resiste el concertante! Cuanto se ha dicho para probarnos que la poesía no muere, que la poesía es inmortal, es verosímil; pero en la forma que se dice no pasa de ser un gracioso sofisma. Hay poesía donde hay belleza, he ahí la verdad: y como los elementos de belleza, la fuente, son inagotables en natura, y nos es posible hallarlos en lo humano, y aun en lo más hediondo, merced á esa propiedad de hermoear y transformar los signos exteriores que se ha concedido al hombre por el sentimiento, la poesía puede ser fecunda en todo tiempo y en todas las circunstancias, y está latente; ó si pareciera duro, en espíritu, en cuanto nos rodea y aun en nuestro sér. De ahí que algunos señores de los anatematizados por la crítica—que en realidad no son poetas—hayan escrito renglones cortos que merecen aplaudirse, y que muchos, olvidándose de que la crítica, para responder á su importancia y cumplir sus deberes, no está en el caso de tomar en consideración esos pocos versos que aplaude el vulgo para poner á sus autores en la categoría de inmortales, se admiren porque los críticos no vean genios donde no los hay, y los llamen ruines y envidiosos...

Ahora bien: con el amplio criterio de quienes hallan poesía donde hay sentimiento y belleza, y haciendo bueno, con un poco de voluntad, aquel aforismo según el cual cada quisque es sabio en su arte, no es difícil hallar poetas entre los que rinden culto á las musas y levantan la cabeza por entre los gárrulos copleros que siguen el obscuro camino de aquel que puso en verso la biblia, ó del otro que hizo tal con la gramática... y la aritmética, y tengo para mí que hasta con la tabla de logaritmos.

¿Coloco á Val entre los que descuellan? No lo coloco en ninguna parte: me limito á hablar de «Tristes y Alegres,» y lo que dije hasta aquí fué para que se tomen por sinceras mis palabras y resalte la independencia de mi opinión.

En «Tristes y Alegres» hay una infinidad de versos que el gusto proscibiría señalándolos como pecado contra delicadeza, y eliminaría del libro. Una de las virtudes más difíciles de poseer entre los que coleccionan sus trabajos es esa: la selección. Fácil me será probarlo con una cita: la pág. 48.

Ayer te vi con un viejo
y pensé ver una flor
sobre cuyas frescas hojas
se posaba un moscardón.

La primera estrofa—esa—merece un aplauso; hay gracia y travesura en el pensamiento, encerrado en

forma breve, concisa, sutil; la que le sigue debe, en cambio, señalarse con lapiz rojo.

¿Amarte solamente? No es posible
que sea amor lo que me abraza el pecho.
¡Es algo más!... ¡Un algo indefinible
con sombras de la gloria y del infierno!

Todo vago, todo informal, hasta la forma. ¿Qué se ha dicho? nada entre dos platos. ¡Un algo indefinible que no se precisa, pero se define después, y cuyos efectos se señalan antes! El asunto trivial, diluido, manoseado, pobre, ¿merece conservarse en la página? Nó, tanto más cuanto que la estrofa adolece de un grave defecto: la consonancia del primer verso y del tercero, que le quita fuerza y gallardía al asonante de los otros dos. No es tan digna de censura la última estrofa, aunque tiene algo de la trivialidad y de la inocencia que noto en la anterior.

El amor aunque ciego, lector pío,
suele apuntar tan bien,
que ya más que cupido me parece
otro Guillermo Tell.

No hablemos de la forma: ¿qué novedad, qué exageración hay en que Cupido apunte bien para que justifiquemos ese *ya más* tan duro, y le parezca al autor otro Guillermo Tell? ¿Y por qué Guillermo Tell, precisamente? La intención epigramática, única virtud que puede justificar el que se haga una poesía con cuatro versos, es candorosa, casi pueril. Y mucho más con cuatro versos, en que se habla de séres mitológicos y legendarios, y en una época en que creo que el amor no apunta sino torpe y mal. Pues ahora compárenlo Vdes. con la tercera, la mejor, la eximia por excelencia de la página:

¿Que te dieron un pesar?
Pues llora, que tengo ganas
de ver á un angel llorar.

Es un idilio encerrado en tres líneas, y sin que sea comparar, pues las comparaciones resultan siempre odiosas, aun entre genios, recordaré aquí aquella dulce poesía de Bartrina, que basta y sobra para dar fe de la delicadeza de alma de un poeta:

Rie, en tu precioso hoyuelo
un beso quiero estampar,
luego ponte seria, y nadie,
nadie lo conocera.

Si quisiera extenderme en demostraciones para confirmar este tema, tendría que sômeter á análisis «La redención perdida» (1). Sin que totalmente censure el asunto, tengo para mí, que la parte IV., es lo que vale de toda la poesía, y no há menester de las partes anteriores para que se le señale un lugar discreto en el libro. Para mi gusto—y es posible que sea este pícaro gusto mío un poco exigente—hubiera preferido verla reducida á esa *sombra de dolora*, que encierran los últimos ocho versos.

Y apropósito de doloras. Quizás amargue aquí una ilusión de Val; lamentaríalo en el alma; pero puesto que escribo una crítica de «Tristes y Alegres», tiene derecho á exigir el autor que sea sincero. Y lo soy: digo el evangelio, ó lo que yo tengo por el evangelio... sin prejuicios. Pues bien: Val siente la pasión campoamoriana, y no hace bien en sentirla. No me refiero á la admiración al poeta, sino á que esa admiración influya en sus propios versos. Campoamor es *incomensurable*, permítaseme, y por eso no se le imitará propiamente nunca. Aciso no hay intención deliberada en Val de imitar, y lo que se vé—como un reflejo vago—de Campoamor, en sus versos, es más bien una *influencia*. Esto me explica por qué Val es el más inofensivo de los imitadores; el reflejo se vé en la forma, en la dición, en el acento, no en las *psicologías*, como hacen otros. Pero si es *influencia* simplemente, tanto peor y debe andar listo en evitarla. Si, aunque me excomulgue: háyale, como haye de la cruz el diablo. Lo que me gusta más en «Tristes y Alegres», lo más delicado, lo que tiene más sabor á poesía, lo que peca

menos, es decir, lo menos defectuoso, es ¡todo lo que no sabe á Campoamor!

Copiaría versos enteros de algunos romances y de otras composiciones breves, si no tuviera que ser por necesidad parco en citas: no haré más que dos para concluir:

Si es sueño eterno la muerte
quiero morir, vida mía,
soñando que tú me quieres.

Entró una mariposilla
hasta el fondo de la alcoba;
la cojiste y la besaste...
¡á ser yo la mariposa!

Que es cuando sabe más á poeta Val: y esa es su cuerda: el idilio.

Resúmen: hablé para los exigentes, para los pocos; para éstos el libro nada perdería con una discreta selección entrando en ella ¿cómo lo diré? el reflejo campoamoriano: para los otros, para los más, para el público que no *se mete en literaturas*, repetiré lo de la lectora que cité antes: «es muy bonito»; y como ese público es el pagano, y además siente sin filosofar, pero siente, aseguré que era el parecer más aceptable y apetecible. Aprécielo Val en buenhora; pero como sus versos son los de la primera juventud—en que, aun en los mayores ingenios, lo que se hace solo es una promesa para la segunda—no olvide que cuando está el llegue, para el escritor de gusto la opinión de esa masa general de público es una opinión... demasiado voluptuosa.

J. FERNANDEZ LUJÁN.

BOTIGA

Señorita Doña Joaquina Pino, primera tiple del teatro Eldorado: Cuando un periódico publica el retrato de una actriz cualquiera, lo primero que debe hacer esa actriz por alta que estuviera, es agradecerlo, aunque el retrato no esté tan bien hecho como el que hoy publicamos de Vd., porque lo contrario es una falta que tratándose de una mujer no llamaremos nunca más que de atención...

Por supuesto, que la culpa nos la tenemos nosotros que, por atender al conjunto artístico del número, no reparamos muchas veces en el mérito y valer de las personas, y andamos rodando por los cuartos de los escenarios pidiendo por galantería favores que si no nos moviéramos vendrían á pedirnos á casa!..

Que... ¡se dan casos!

En la calle llamada de S. Pedro corría como un gamo el otro día un hombre ó cosa así, de mala cara, detrás de unas chiquillas.

Al contar la noticia los periódicos, dicen que el viejo verde viendo que ellas llevaban aros de oro buscaba los pendientes.

Y anoche, en el portal, á mi criada huyendo la encontré de un señorito y aunque juró que era aquel mismo el hombre, nadie se lo ha creído.

¡Prueba de que hay edades diferentes en eso de buscarles los pendientes!

OBRAS RECIBIDAS

Album.—Más de treinta novelas de reputadísimos escritores españoles y extranjeros, reunidas en un tomo con una preciosa portada de Moliné.

Está editado por Gallardo, el dueño del acreditado kiosco *El Sol*, y á cambio de cupones lo regala á sus parroquianos, que, dicho sea de paso, acuden como moscas á la miel.

Y hasta disputándose la miel á puñetazos.

L' home dels nassos.—Lindísimo juguete cómico en un acto, en verso, del celebrado escritor catalán M. Figuerola Aldrofeu. Si no han ido Vds. á verlo á Romea, por dos reales que cuesta el juguetito, se pueden Vds. morir de risa.

España y América.—Sentimos no disponer de espacio para dedicarlo á esta nueva publicación que, lujosamente editada, y conteniendo un texto escogidísimo, publicó en su primer número unas *foliotipias* que nada tienen que envidiar á ninguna publicación conocida.

Para ser un periódico inmejorable, lo único que le faltaba era que no costara nada y ¡pásense ustedes! se regala á los suscriptores de obras de la casa editorial «Viuda de Ramirez.»

BUZON

E. C.—Oviedo.—Palabra de honor, joven; he empezado á leer la *Fantasia cacharrera* y no puedo acabarla: me volvería loco.

E. D. I.—Madrid.—Aprovecharé algo.

G. H.—No es que esté mal, mal; pero ¿y si se duermen los lectores al leerlo?

J. S.—Barcelona.—Conque

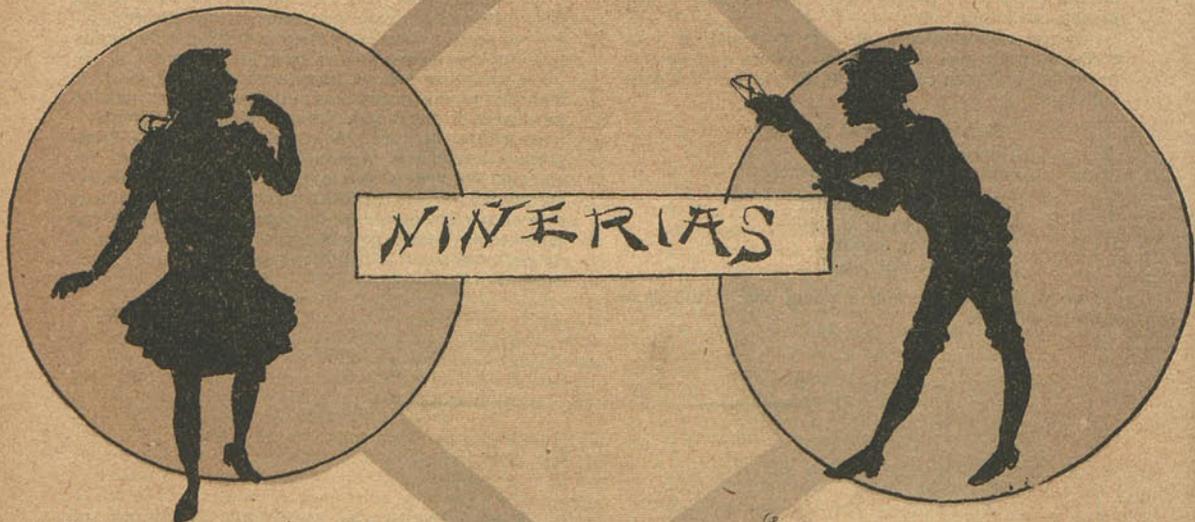
En un ramo de lirios encuentre una mariposa colorada...

Pero, hombre: ¿erec usted que eso es verso ni nada?

C. V. de B.—A lo que ha mandado le falta un poquito.
Hágame algo nuevo
y hágalo bonito.

M. A. y T.—Nada de teatros. Mande alguna otra cosa, que, siendo buena... ¿A qué estamos?

F. A. de la C.—Granada.—Retóquela usted un poco, y si queda un poco mejor y me gusta un poco más, ya está todo. ¡Bien poco!



NIVERIAS

*No, que ni mamá sabe
tus intenciones....*

*Es que aquí te hago ciertas
proposiciones...*

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
» atrasado.	25 »

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO